

El recluta. Testimonio literario del impacto de la Guerra de los Mil Días en la familia antioqueña*

Jair Alexis Trujillo Mosquera**

Recibido: 25 de marzo de 2014

Aprobado: 22 de mayo de 2014

RESUMEN

Este ensayo da cuenta del resultado parcial de un estudio mayor, cuyo propósito fundamental es mostrar el impacto de la guerra en la esfera doméstica (social). Para este propósito, se analizó *El recluta*, antología de cuentos sobre la Guerra de los Mil Días. Esta obra tiene un valor fundamental y es que fue escrita durante la contienda, rasgo que la diferencia de casi toda la literatura de este período (y tema). La pregunta por la familia aparece de manera explícita en el libro: mediante convocatoria, en el año 1901, el periódico *El Cascabel* dirigido por H. Gaviria, propuso: “el siguiente tema para un cuento corto que no traspase los límites de tres columnas de *El Cascabel*: Un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente

contienda civil y que á su regreso encuentra en su hogar... lo que quieran que encuentre los Sres. Tomás Carrasquilla, Efe Gómez [...]”. *El recluta* es valioso porque nos permite analizar la guerra desde una óptica distinta; este libro nos ofrece una mirada bifocal, ya que podemos adentrarnos en las vidas, tanto del recluta, como de su entorno, su familia, su vida doméstica; en otras palabras, dejar de mirar los ejércitos para ir a las “gentes” que están del otro lado de los campos de batalla. La guerra tiene la particularidad de actuar de manera estructural, sus tentáculos van mucho más allá de lo obvio, el combate.

Palabras clave: recluta, testimonio, literario, Guerra de los Mil Días, familia, Antioquia.

* Este texto es un avance de la propuesta de investigación en la formación como historiador de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.

** Estudiante de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: jatrujillom@unal.edu.co, magdalacg@gmail.com

"El Recluta": Literary Testimony on the "Guerra de los Mil Días" (Thousand Days' War) on Families from Antioquia

ABSTRACT

This essay accounts for partial results of a higher research which basic purpose is to show the impact of war on the domestic (social) scenario. For this purpose, "El Recluta" (anthology of short stories about the "Guerra de los Mil Días" war). This book has a special value since it was written during the war, which is a trait that distinguishes it from almost the entire literature (and topics) of such a period. The question about the family appears explicitly in the book: through a call made in 1901, newspaper "El Cascabel" directed by H. Gaviria, made the following proposal: "the following topic for a short story that does not exceed three columns on "El Cascabel":

A poor recruit who has fought in this civil war and when he returns home he finds... whatever Mr. Tomás Carrasquilla, Mr. Efe Gómez [...] find." "El Recluta" is a valuable work because it allows analyzing war from a different perspective; this book offers a bifocal view since we can go deep into live of both the recruit, his family, his domestic environment; in other words, it allows focusing on the people who are on the other side of the battle and not on the armies. War is specifically different because it acts in a structural manner and its tentacles spread beyond the obvious, the fight.

Key words: recruit; testimony; literary; "Guerra de los Mil Días"; family; Antioquia.

Introducción

Duró exactamente mil días (tres años) y ocurrió en Colombia. Esta guerra civil acaecida entre los años 1899 y 1902 dejó un saldo considerable de muertos, pero además, un país golpeado social y económicamente, trastocado en su institucionalidad, en su geografía. Una de las mayores consecuencias de esa guerra fue precisamente la pérdida de parte de su territorio; nos referimos a la separación de Panamá, una de las regiones más importantes por su doble salida al mar (océanos Atlántico y Pacífico). La Guerra de los Mil Días, como se le denomina, ha despertado un profundo interés en la historiografía nacional, característica que le es extensiva a otras materias como la literatura, pues existe un amplio registro que va desde la novela, el cuento, (esporádicamente la poesía), hasta las “memorias” (entre ellas las de algunos combatientes), y un sinnúmero de subgéneros, que permiten una lectura amplia y sazónada de aquel conflicto. *El recluta*, libro que nos ocupa en este estudio, surge en ese contexto, solo que con una particularidad: se escribe durante el desarrollo de la guerra, dato que es relevante si tenemos en cuenta que la producción literaria sobre la Guerra de los Mil Días surge posterior a su terminación en 1902. Una de las razones por las que se pudo escribir *El recluta* durante la contienda es que Antioquia, región donde tiene lugar el libro, no fue escenario de mayores enfrentamientos bélicos¹³.

Algunos estudiosos del tema hablan de razones económicas y políticas, ya que Antioquia tenía gran incidencia en la industria (economía) del país en ese momento. Sin embargo, no podemos asegurar que la guerra no hiciera mella en aquella sociedad, *El recluta* es precisamente la prueba palpable de que la guerra, de una u otra forma, pudo llegar (con sus diferentes mecanismos) a una gran cantidad del territorio colombiano. Uno de los rasgos que compartieron las diferentes regiones del país durante la Guerra de Mil Días, fue el fenómeno del reclutamiento, de ahí que se le reste cada vez más gratuidad a la “preocupación” por la vida del hombre que llaman “carne de cañón” en las guerras.

Mediante convocatoria en el año 1901, el periódico *El Cascabel*, dirigido por H. Gaviria, propuso:

[...] el siguiente tema para un cuento corto que no traspase los límites de tres columnas de *El Cascabel*: Un pobre recluta que ha hecho campaña en la presente contienda civil y que á su regreso encuentra en su hogar... lo que quieran que encuentre los Sres. Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Dr. Eusebio Robledo, Julio Vives Guerra, Alfonso Castro, Armando Carrera y K. Ombre, á quienes suplicamos encarecidamente tengan la fineza de desarrollar dicho argumento.

¹ El epicentro de la guerra tuvo lugar principalmente en los departamentos de Santander, Tolima y Cundinamarca.

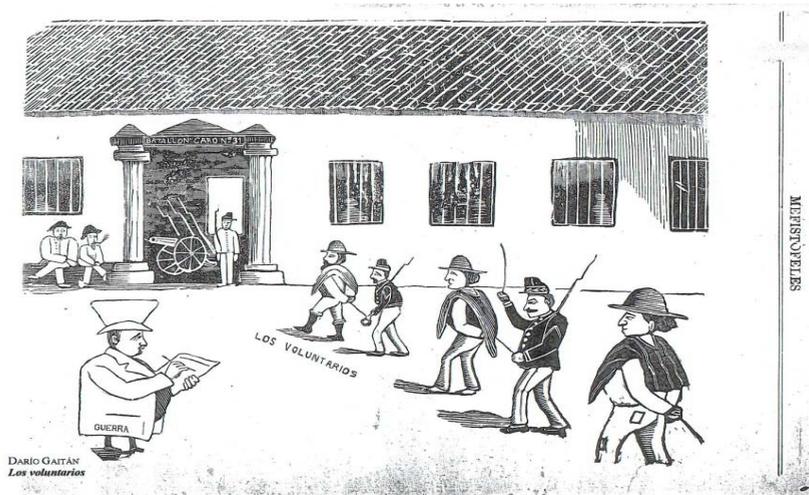
No se trata absolutamente de un concurso. Deseamos usando y abusando de la benevolencia de nuestros amigos que el público lector vea tratado un mismo asunto por ocho escritores distintos, en ocho estilos distintos, de ocho distintas maneras (Gaviria [ed.], 1901, p. 7)²⁴.

No es casual que *El Cascabel* convoque para escribir sobre el tema del reclutamiento, así como tampoco es casual que se privilegie la familia. Antioquia ha descargado en esta institución una gran carga moral y educadora, por lo tanto, tiende a constituirse en un referente social fuerte. De ahí que pensáramos en abordar *El recluta* buscando en la literatura un “testimonio” que nos permitiera ver el impacto de la guerra de los Mil Días en dicha institución social, pues nos facilita entender el problema de una manera más estructural, pero sobre todo, distinta.

Regresar al hogar (a la casa) es el anhelo de los reclutas, más cuando su participación en la guerra, o la guerra misma, es, en muchos casos, contraria a sus verdaderos intereses. El recluta es convertido en soldado a la fuerza. Como una imagen vale más que mil (podría decir *mis*) palabras, ayudémonos con la siguiente caricatura de Darío Gaitán, denominada *Los voluntarios*, para reforzar la idea de “ilegitimidad” que entrevé el libro. Esta caricatura apareció un año antes del inicio de la Guerra de los Mil Días, 1898, en *Mefistófeles*, semanario ilustrado de crítica social y política.

Ese es puntualmente el elemento que constituye el “fenómeno social” del reclutamiento, pues la mayoría de estos se dan por adhesión involuntaria, como veremos a lo largo de este texto; las modalidades son múltiples y los resultados no dejan de ser catastróficos, no solo para el propio soldado, sino para su entorno familiar y/o doméstico. En este ensayo analizaremos el reclutamiento con todas sus implicaciones sociales, esto es, la esfera familiar, la dinámica social de la guerra, lo que sucede fuera del campo de batalla, entre otros. Nuestro interés no es hacer un comentario o resumen de los cuentos del libro; creemos que es importante que el análisis salga por momentos de *El recluta*, para que entren otros elementos al diálogo, y nutran la interdisciplinariedad que debe existir en las ciencias sociales.

² Es probable que *El Cascabel* haya querido emular el célebre libro sobre la guerra franco-prusiana (1870) “Las veladas de Médan (1880)”. El texto es célebre no solo porque aparezcan como autores principales los nombres de Émile Zola y Guy Maupassant, sino porque de alguna manera los mueve la misma preocupación: el impacto social de la guerra. A diferencia de *El recluta*, el libro francés reúne cuentos escritos por verdaderos protagonistas de la guerra, nos referimos al caso Maupassant, quien fue reclutado y conducido a la guerra interrumpiendo sus estudios. Las veladas o reuniones que los seis autores sostuvieron se proponían más allá de un retrato de la guerra, en palabras de Zola, “las narraciones que siguen han sido publicadas, unas en Francia, otras en el extranjero. Nos ha parecido que proceden de una misma idea, que tiene una misma filosofía; por eso las reunimos. Esperamos todos los ataques, la mala fe y la ignorancia de que tantas pruebas nos ha dado la crítica al uso. Solo nos importa afirmar únicamente lo verdadero de nuestras amistades, y, a la vez, nuestras tendencias literarias” (epígrafe del libro).



Fuente: *Mefistófeles*, semanario ilustrado de crítica social y política, año 1, serie 5, No. 42, Bogotá, abril 5 de 1898, s.p.

Imagen 1. Caricatura *Los voluntarios*, periódico *Mefistófeles*, semanario ilustrado de crítica social y política, año 1, serie 6, N.º 42, Bogotá, abril 5 de 1898³⁵.

Es necesario que otras fuentes participen; por eso no descartamos literatura que, aunque se haya dado en otra región, guarda elementos en común con el tema. Esto nos permite observar el fenómeno desde una óptica de conjunto y no de enclaustramiento. El tema de la familia es el elemento central. Además, nos preguntaremos por el papel que esta jugó, cómo la presenta el libro, cómo la presentan las fuentes de archivo, la demás literatura, entre otros. Privilegiaremos la presencia de la mujer, su participación “jurídica”, su papel de “suplentes del hogar”, y de manera particular, su “limbo de viudez”, categoría utilizada para referir la ambigua condición de aquellas, tras la partida del recluta a la guerra. El limbo de viudez tiene que ver con la doble condición de esposa y viuda, esto es, la inestabilidad, no solo material que provocaba la guerra, sino también en el plano psicológico y emocional. Las mujeres tenían que seguir con la familia como apoderadas y, por ende, subsidiarias del hogar, pero sin tener claridad sobre su estado civil real. Como en toda guerra, el soldado parte pero no le está asegurado su regreso.

Cabe advertir que esta es una síntesis de un trabajo mayor que aún está en proceso y que busca ampliar un poco las fuentes y para fortalecer el análisis.

³ En esta caricatura aparece Darío Gaitán como un reclutador tomando lista de los supuestos voluntarios para la guerra, los cuales avanzan en fila hacia la puerta principal del denominado “Batallón Caro #31.” Su diferente vestimenta, intercalados algunos de ruana y machete y otros de uniforme militar con bayoneta, muestra el carácter variopinto de dicho reclutamiento.

Aquí se tratará apenas lo esencial. Por tal razón, se entrará directamente al análisis del libro y se suprimirán, en lo posible, antecedentes, temas centrales de la guerra, entre otros.

CUENTOS DE "EL RECLUTA"		
	Autor	Título
1	Ricardo Olano	La vuelta de Juan
2	Eusebio Robledo	Un polvo y... nada más
3	José Velásquez García	De la guerra
4	José A. Gaviria I.	Una venganza
5	Luis del Corral	¿Pequeñeces?
6	Alfonso Castro	De regreso
7	José Montaña	Triunfo del recluta
8	Juanilla	El seudónimo de Dios
9	Gonzalo Vidal	Perversidad
10	Tomas Carrasquilla	¡A la plata!, para hombres solos
11	Efe Gómez	Tiquis-miquis (en blanco)

Fuente: elaboración propia

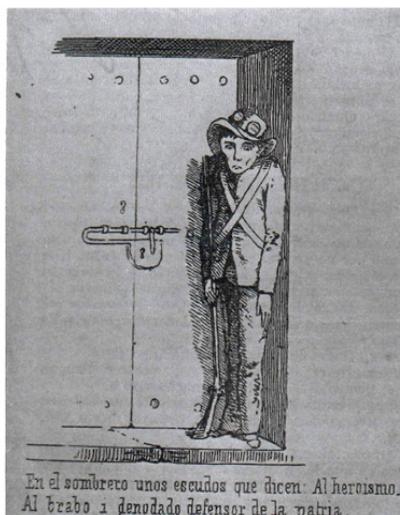
El reclutamiento

El fatídico desenlace de las historias de *El recluta* muestra, por un lado, los vejámenes domésticos consecuencia de las guerras civiles, enmarcados principalmente en el drama de los reclutamientos, y por el otro, y de manera fundamental, la alta impopularidad de que fueron objeto las guerras civiles durante todo el siglo XIX. Desde esta óptica, *El recluta* se da casi como una denuncia al fenómeno del reclutamiento. El historiador colombiano Álvaro Tirado Mejía señala en sus *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia* algo muy importante, y es precisamente el marco social o/y los discursos de aquellas guerras: "Los que a la guerra iban como voluntarios "dice Tirado Mejía", en su mayoría pertenecían a las clases altas y en general participaban por razones doctrinales y porque la guerra, con sus grados, les otorgaba un prestigio que se podía aprovechar

en la política y en la vida de los negocios" (Tirado M., 1995, p. 42). La guerra no tiene el mismo significado para los distintos sectores o grupos de la sociedad.

Pese a que el reclutamiento fue altamente desaprobado por el pueblo raso, juega un *rol social* y sostiene un contradiscurso que nos lleva a pensar que hasta podría ser provechoso, pues en el caso de los *sectores dominantes*, la lectura suele ser diferente, ya que estos, valiéndose de valores distintos, toman la carrera militar como una vía de ascenso social, político y hasta económico. Quienes padecieron de manera frontal el aspecto oscuro de la guerra, fueron los sectores más bajos. Algunos autores refieren que las características de estos hombres humildes, sus modos de vida, el tipo de trabajo que desempeñaban y su condición social, los hacían aparecer como los más idóneos para afrontar las guerras en condición de reclutas rasos. Como manifiesta Tirado Mejía, las clases altas accedían a la guerra en condiciones muy distintas. Su formación doctrinal, la posibilidad de dirigencia, y el prestigio emanado de allí hacían que los hombres de extracción alta tuvieran una participación en la guerra mucho menos traumática. Como lo enmarca Palacios en su *Parábola del liberalismo*, "continuamos aceptando este lugar común: desde las guerras civiles de la Independencia el pueblo popular ha sido carne de cañón" (Palacios, 199, p, 251). Este argumento de Palacios se halla de forma robusta en *El recluta*, relatos como *¿Pequeñeces?* de Luis del Corral, consignan grandes críticas y censuras al reclutamiento y a la condición de los pobres en la guerra, los toma como víctimas que derraman su sangre en defensa de "ajenas ambiciones" y "triumfos de ideas que no comprenden".

Ese fuerte desgano por la guerra se ve sustentado, en parte, por la forma como se llevaban a cabo los reclutamientos, las malas condiciones logísticas de los ejércitos, e incluso, su no pertenencia ideológica al "grupo" que defienden (los reclutas). Estos motivos funden una fuerte barrera que separa tajantemente los discursos de guerra oficiales y las causas reales de conflicto: "¡Oh! La campaña del pobre soldado sin convicciones, sin entusiasmo, obligado á cintarazos á ser ivaliente...!" (Gaviria (ed.), 1901, p. 35). Álvaro Tirado Mejía explica que "los métodos utilizados sobre los campesinos para invitarlos a combatir por sus ideas, lo mismo que el tratamiento que se les daba y los oficios que se les imponían, hicieron de la desertión un medio de defensa para el reclutado" (Tirado, 1995, p. 45). Sin embargo, cuando escapar no era posible, la encomienda de la paz y de la vida quedaba en manos de Dios, tal y como reza José A. Gaviria en su relato, "también hay para los reclutas un Dios y ese Dios resolvió por fin que la guerra acabara y que regresaran á sus hogares los girones de tropas que las balas y enfermedades habían querido economizar" (Gaviria (ed.), 1901, p. 35).



RAMÓN TORRES MÉNDEZ
Al bravo y denodado defensor de la Patria
Los Matachines Ilustrados, No. 3, marzo 1° de 1855.

Fuente: EFRÁIN SÁNCHEZ CABRA, Ramón Torres Méndez. Pintor de la Nueva Granada, 1809-1885. Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1987, p. 109.

Imagen 2. Ramón Torres Méndez, “Al bravo y denodado defensor de la Patria”.
Los Matachines Ilustrados, n.º 3, marzo 1 de 1855.

Fuente: Efraín Sánchez Cabra, Ramón Torres Méndez. Pintor de la nueva Granada, 1809-1885, Bogotá: Fondo de Cultura Cafetero, 1987, p. 10946.

La ilegitimidad de la guerra de los Mil Días no solo está planteada en *El recluta*, en variada literatura posterior a la guerra, como por ejemplo *A flor de tierra*, –cuento publicado en la revista *Lectura y Arte* (1904)–, donde encontramos reclamos que se volvieron himnos en contra de la violencia y sus vejámenes. “Manuel Quiroga es un personaje de condición humilde que sirve a Saturnino Restrepo para brindar, en su *nouvelle A flor de tierra*, una imagen terrible de lo que implicó para el país su vigésima novena y última guerra civil del siglo XIX” (Escobar, p. 2). Manuel tras ir a la guerra, –muy a pesar del miedo y horror que ésta le producía– y gracias a una retaliación política hacia su padre, se ve involucrado en la experiencia más amarga de su vida. Todo a su paso muestra “la imagen viva y corpórea de la guerra en ese fresco monstruoso y fantástico de llamas trazado sobre el muro de la tierra” (Restrepo, 1904, p. 134). Era frecuente y muy normal que alguien fuera a la guerra por revanchas políticas. La venganza estaba contemplada como una modalidad de reclutamiento. “Manuel como muchos hombres del campo”, dice Escobar, estaba allí por una “simple

⁴ Nótese que este soldado no es representado como un héroe; es más bien un recluta poco bravo, pero sobre todo, poco motivado por la guerra. En esta imagen se puede ver no solo la ironía al heroísmo del soldado, sino también a la institucionalidad. Como se va a evidenciar más adelante, las tropas combatían en condiciones deplorables logísticamente hablando. “Al bravo y denodado defensor de la patria”, a ese antihéroe, que bien podría ser el espejo donde se ahoga el Narciso.

retaliación". Este punto en particular nos sitúa en correspondencia con *Una venganza*, cuento de José A. Gaviria, el cual hace parte del repertorio de *El recluta*, y del que nos encargaremos más adelante cuando toquemos las modalidades de reclutamiento.

A lo largo de las guerras civiles colombianas, el *modus operandi* ha sido básicamente el mismo, "a la fuerza se llevaba a los campesinos a luchar por ideas que no conocían y por intereses que no eran los suyos" (Tirado, 1995, p. 40). Podríamos decir que una de las causas que configuran y dan cuerpo al reclutamiento como fenómeno social, y aunado a eso la tendencia de los reclutas hacia la desertión, es la pobreza institucional del país.

Colombia ha sido un país con poca presencia institucional. Por esta razón, la práctica del poder, desde los tiempos de la Colonia, se ejerció de forma difusa y polarizada –por nodos–, a través de los propietarios, teniendo como ejes a los encomenderos, amos, hacendados y comerciantes durante los siglos XVI, XVII, XVIII, y a sus sucedáneos en el siglo XIX, los hacendados, "caciques" y gamonales, quienes hicieron las veces de cohesionadores, remplazando en parte la acción de las instituciones y del Estado (Ceballos, 2005, p. 157).

Para entonces el Estado colombiano no contaba con un ejército profesional; su adiestramiento carecía de técnica, sus equipos de campaña eran precarios, las condiciones logísticas de las tropas desastrosas; además, carecía de un armamento unificado, que tenía como consecuencia la no unificación de una línea de fuego. Por otro lado, los malos tratos en las filas eran bastante recurrentes, y ante este panorama, "es apenas lógico imaginar que las desertiones fueran tan numerosas que llegaron a convertirse en el peor enemigo de los contendientes" (Jaramillo, 1991, p. 218). Pero, además, "a ellas contribuyó no solo el deseo de regresar al hogar y evitar las brutalidades y los sufrimientos de la guerra, sino múltiples causas y razones" (Ibíd, pp. 218-219) –como las atrás expuestas–, pero también, el cambio de región, el hambre, la carencia de ropa, cartuchos, y falta de paga o licor, además de las derrotas y los brutales mecanismos de anti-desertión, como fueron los fusilamientos, los azotes, entre otros. "Contrariamente, y a pesar de todas las guerras del siglo XIX o, más bien, a causa de ellas, para 1927, Colombia tenía proporcionalmente las fuerzas armadas más pequeñas de Suramérica" (Ceballos, 2005, p. 158).

Antes de adentrarnos en las modalidades de reclutamiento, detengámonos en un punto de inflexión en la vida del recluta.

El licor, coadyuvante de valor para los reclutas

"Tan importante como la pólvora era el aguardiente. A veces incluso se les mezclaba" (Tirado, 1995, p. 63). El aguardiente se usó como estimulante y coadyuvante de valor. "La fiesta para celebrar un supuesto triunfo se podía aguar

en derrota. Y una tanda de copas podía producir triunfos imaginarios sobre el enemigo” (Ibídem)⁵⁷. Sin embargo, para la Guerra de los Mil Días, el licor se convirtió en un hacedor de “tragedias individuales”. Hubo muchos casos en particular, donde grandes protagonistas de la guerra perecieron “de manera tan insensata que ni siquiera pueden incluirse en los llamados desplantes a la vida” (Jaramillo, 1991, p. 246).

Algunos combatientes llegaron a tener igual fama de osados como de borrachos. Y esto no solo los llevó a lamentables errores militares, sino también personales y familiares. *El recluta* tocó este tema en su relato *¿Pequeñeces?* (Luis del Corral). En este cuento, del Corral elabora duras críticas a la guerra, pero, además, cuestiona fuertemente a las milicias por sus “vicios bajo toldas de campaña”. El relato habla de Pedro Gómez, humilde artesano que tras ser sorprendido y llevado contra su voluntad a la guerra, una vez encerrado y sin poder ver la luz, se ve envuelto en una desacostumbrada vida de juegos y licor. Tanto así que el pobre recluta terminó jugando hasta la ración diaria, y una vez terminada la guerra y devuelto a su casa, el saludo que le da a su mujer es “dame una botella”.

Una noche que ella cosía como de costumbre, sentada á la puerta de su casa, al alzar los ojos vio llegar á Pedro, y se levantó loca de alegría, abandonando la costura que cayó á sus pies, para salirle al encuentro; pero ¿cuál no sería su tristeza al ver el infeliz estado en que venía, roto el vestido, vacilante el paso y sin brillo la mirada, en completa borrachera? El que antes no tomaba licor jamás! ¡Cómo le habían cambiado á su marido! Sin saludarla casi y sin dar un beso á su hija ni preguntar por ella, exclamó Pedro al entrar: “Mirá mujer, estoy muerto de cansancio y no tengo ni un medio pa tomarme un trago, si vos tenés plata anda onde el ñato conseguite una botella de anisao (Gaviria [ed.], 1901, p. 47).

Pasemos ahora a las modalidades de reclutamiento. Formalmente, se conocen dos formas de vincularse a la guerra: por la vía de la simpatía y otra por las acciones represivas o, de hecho, adhesiones forzosas. Lo que hoy nos ocupa es tratar de mostrar la segunda de ellas. Se distinguen en *El recluta* las siguientes formas de reclutamiento.

I. Reclutamiento de peones

Esta práctica es de vieja data. Inicialmente los esclavos, y posteriormente los peones, fueron, sin consulta previa, alistados y encaminados a defender las banderas y causas políticas de sus patronos. Esta modalidad fue bastante usual en las guerras civiles del siglo XIX. No es difícil dar cuenta de ello, Colombia era

⁵ Tirado Mejía cita aquí una carta de Espina a Mosquera, (documentos VIII, 13) y a Jesús Cook (documentos VIII, 14), respectivamente.

hasta ese momento un país rural, el grueso del pueblo se dedicaba a labores del campo, y aún persistía una herencia colonial que “justificaba” esta forma de reclutamiento.



Imagen 3. Imagen que da cuenta del origen multirracial del ejército del Cauca.

Pero también se puede evidenciar la poca apariencia de soldados.

Viaje a la Nueva Granada de Charles Saffray en 1869.

Fuente: Fabulous Colombia's Geografy, Geografía Pintoresca de Colombia. The Nw Grenade as seen by two french travelers of the XIX century. Chales Saffray y Edouard André, Eduardo Acevedo Latorre (Comp. y Dir.), Bogotá, Litografía Arco, 1984.

II. Las venganzas y chantajes

Esta es quizá uno de las formas de reclutamiento más interesantes por su manera atípica. Uno de los cuentos de *El recluta* (“Una venganza”) elabora un pequeño mapa sobre esta forma de retención. José A. Gaviria I. propone una singular historia en la que José, su protagonista, padece –en primera instancia– una persecución onírica por parte de su rival de toda la vida, Juan, a quien José, tiempo atrás, le había arrebatado la novia. Posteriormente se trasciende del sueño a la fatídica realidad.

Era él, siempre él, Juan, el rival temido. Dijo que tenía orden de llevar al cuartel á todos los hombres útiles del barrio. José quiso hacer resistencia, pero fue en vano: ellos eran muchos. Entonces imploró, y no fue oído. Las súplicas, las lágrimas de Ester, las amenazas, todo inútil. Ese mismo día lo vistieron de soldado; le pusieron en las manos un fusil, y se lo llevaron lejos, muy lejos, con los otros reclutas (Gaviria [ed.], 1901, p. 38).

Esta modalidad también se encuentra referenciada en el cuento “A flor de tierra”, aunque con unas pequeñas variaciones. En el cuento de José A. Gaviria I. En “Una venganza”, a diferencia de “A flor de tierra”, la venganza se desarrolla en el plano personal, es dirigida directamente al implicado, y no como sucedió en el relato de Saturnino Restrepo –“A flor de tierra”–, una venganza con daños a terceros, en este caso, una venganza hacia un hombre que presumiblemente por no estar en el rango de edad requerido para la guerra, es perjudicado con el alistamiento de su hijo.

Otra vía de venganza o chantaje era la ocurrida con los hombres acaudalados, como lo refiere Tirado Mejía: “contra los enemigos pudientes había otra forma de acción: los empréstitos; y si ocasionalmente se amenazaba a estos con el reclutamiento, el dinero impedía que se llevara a cabo” (Tirado, 1995, p. 42). Las familias poderosas encontraban en su posición socioeconómica una ventaja en la guerra y sus formas de operación. Como podemos ver, la venganza como forma de reclutamiento tomó variados matices; no obstante, todas sus modalidades no dejaron de ser repulsivas e injustas.

III. Los encierros

Entre las formas más distinguidas de reclutamiento tenemos los llamados encierros, los cuales consisten en las populares batidas o zarpas realizadas por soldados, principalmente en los días de mercado. Las razones eran obvias: la cantidad de público facilitaba la captura aumentando considerablemente las cifras de efectivos reclutados. Observemos, por ejemplo, la siguiente fotografía de Lino Lara en la que se presenta una típica escena de reclutamiento bajo la modalidad de encierro en la plaza de Bolívar en Bogotá. En ella se observa a un grupo de hombres (parte posterior izquierda de la foto) cercados por un escuadrón de soldados los cuales sirven de muralla humana para evitar la huida de algunos.



Lino Lara
Reclutamiento de ciudadanos en la Plaza de Bolívar
1900
Copia en albúmina
12.5 x 17.5 cm
Procesado: José Joaquín Herrera
Bogotá

Fuente: Fotografías colombianas, agosto 1984. Bogotá, Museo de Arte Moderno.

Imagen 4. Reclutamiento en la plaza de Bolívar de Bogotá en 1900.

Fuente: Museo de Arte Moderno de Bogotá

El cuento que mejor retrata esta práctica es “¡A la plata!, para hombres solos”, de Tomas Carrasquilla; en este se hace una detallada descripción tanto de las gentes como de sus dinámicas en las concurridas plazas de mercado. “Animadísima estaba la feria: era primer domingo del mes, y el vecindario todo había acudido á renovación”. Carrasquilla hace alusión a una importante celebración religiosa la cual permitía agolpar mucha más gente de la acostumbrada. Este fragmento nos permite evidenciar la importancia tanto de la plaza pública como medio de interacción social como del papel de la religión, y más específicamente de la Iglesia católica, en la dinámica misma de las plazas, como se verá más claramente aquí...

Sonó la campana, y cádate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio. Rompiólo el silencio con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada de prez, reanudóse aquello. (Gaviria [ed.], 1901, p. 89)

La escueta palabra ¡encierra!, como diría Carrasquilla, “vibró en el aire como preludio de juicio final”. El famoso encierro retaba a los más osados a tratar de escapar como agua entre los dedos de los militares. Sin embargo, las probabilidades de salir glorioso de aquella “encerrona” eran bastante difuminadas. Relata Carrasquilla que era como un ciclón:

Los veinte soldados del piquete que inopinadamente y repentinamente acababan de invadir el pueblo, habíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, á bayoneta calada... desencajados, trémulos, abandonándolo todo, se disiparon los hombres, y hasta hembras también, á los zaguanes, á la iglesia. ¡Pobre gente! Todo en vano, porque, como la amada de Lulio. Ni en la casa de Dios está segura (Gaviria [ed.], 1901, p. 55).

El siguiente paso era, como en cualquier modalidad de redada, la valoración de cada uno de los perseguidos. Y aquellos desafortunados hombres no tenían más remedio que decir, como el Caratejo Longas “A lo hecho, pecho”, para posteriormente ser conducidos y vinculados al ejército.

IV. Reclutamiento individual

Por último, tenemos la modalidad de reclutamiento individual, “lo cual podía ser muy común en aquellos villorrios del siglo XIX, en cuyos vecindarios eran comunes los estrechos e intensos contactos sociales, que facilitaban el control de la vida privada y la detección de aquellos sujetos más atractivos para los ejércitos” (Jurado, 2005, p. 217). Era muy cotidiano que los hombres fueran tomados de sus casas, de los lugares de divertimento y hasta saliendo de su trabajo, como pasó con José, el humilde carpintero del cuento *De regreso* (Alonso Castro):

Cuando estalló la guerra uno de los primeros a quienes reclutaron fue á José, el honrado carpintero, que, con el esfuerzo de sus músculos, sostenía á su madre. Salía un día de su taller, cuando izás! dos hombres armados se le fueron

encima y sin fórmulas de ninguna clase, ni atender razones, lo llevaron al cuartel, donde una partida de infelices, expiadores eternos de su humilde nacimiento, aguardaban cabizbajos y tristes á que los hombres potentes decidieran de sus destinos (Gaviria [ed.], 1901, p. 55).

En tiempos de guerra se “podía desatar una ráfaga de reclutamiento generalizado” de modo que, sin distinción de credo ni raza, atrapaban a todos por igual. En *El recluta* se da otro particular caso donde apresan a un hombre que sale en medio de la noche a conseguir medicinas para su hija, quien reposa en su humilde casa del llano, iluminada en fiebre. “El hombre empezó á hablar entre sollozos: “Señores: suéntenme por piedad, soy Pedro Gómez, sastre, estoy casado, y vivo en el “Llano”, tengo mi única hija moribunda y salí para buscar unos remedios. Mi hija se muere, mi mujer me espera, suéntenme, señores, por piedad” (Gaviria [ed.], 1901, p. 43), mientras sus conductores, despiadados e insolentes, “ahogaban con burlas sus gemidos”.

La familia

Generalmente los reclutamientos iban dirigidos a hombres jóvenes, los cuales, en su mayoría ya empezaban a conformar su propia familia. Como es de esperarse, estas pequeñas familias no contaban con una economía sólida, el dinero que ingresaba al hogar era producto del trabajo diario del joven esposo, el cual, en ocasiones, como lo deja ver Ricardo Olano, estaba sin *empleo* y atravesando por una dura situación económica.

Juan se fue á los ardientes valles del Nus, allá lejos, al Ferrocarril, en busca de un buen salario. En su pueblo difícilmente se ganaba la vida; su pedacito de tierra, donde un frondoso mango sombreaba la pobre casa, ya no tenía savia para las semillas, estaba seco y cansado” (Gaviria [ed.], 1901, p. 9).

Ante el desamparo en que quedaban las familias antioqueñas durante la guerra civil de los Mil Días, el Estado colombiano, debido a la generalizada presencia en los ejércitos republicanos de sectores subalternos integrados por pobres y trabajadores del campo y de las ciudades, forzaba a las autoridades a decretar auxilios económicos para las familias en condición de desamparo. Esta moderna figura de Estado de bienestar les permitió a las familias pobres percibir pequeñas asistencias que posiblemente amortiguarían el impacto doméstico de la contienda. El reclutamiento no solo tuvo consecuencias en la familia, la economía nacional se vio seriamente afectada. El Estado se vio obligado a destinar exageradas sumas de dinero en equipos de campaña, raciones militares, además de vestirse de un “paternalismo asistencialista” para amortiguar el escándalo social producto de la guerra. Las “actas capitulares”, donde habitualmente se registraron estas, muestran que efectivamente se hicieron⁶⁸. No obstante, es

⁶ Estas se pueden hallar en el A. H. M. Guerras civiles. Tomo 1854-1864. Legajo: distribución de dinero a familias pobres en campaña, fol. 525.

usual encontrar que las mujeres realizaran peticiones a las diferentes autoridades de la región, en las que presentaban reclamos por no haber recibido sus raciones. Aquellas mujeres, movilizadas por sus esposos, no solo pretendían arrebatarlos del campo de batalla, sino que también trataban de interceder por los que reposaban en prisión como presos políticos.

Las solicitudes de estas mujeres consisten básicamente en dar fe de inocencia y lamentar su precaria condición económica tras la ausencia de sus maridos. Veamos el caso de la señora Eugenia Zapata, quien escribe al Secretario de Gobierno exponiendo su caso. Eugenia dice estar casada legítimamente con Arcadio González, pero al margen indica estar próxima a dar a luz, y su marido, único apoyo, es pieza clave en su difuso panorama: “estoy próxima a un alumbramiento, carezco de toda clase de recursos para subvenir a mis precisas necesidades, no tengo otro apoyo que mi citado marido. Las condiciones morales de mi esposo son buenas, y es muy ajeno a los asuntos políticos de actualidad” (AHA, T. 2848, 1900. F, 8v). El caso de Eugenia deja ver claramente un rasgo común en este tipo de solicitudes; reconoce en el varón que defiende una serie de condiciones morales, lo cual lo exoneraría de todo cargo que se le impute, pero, por otro lado, parece que el motivo de peso, y por lo que merece estar libre el cautivo, es para continuar brindando apoyo económico a su hogar. Sin embargo, en este caso parece haber un antecedente de tipo económico: Eugenia expone luego que Arcadio, presionado por la escandalosa crisis económica de su familia, se vio en la obligación de marchar a Remedios, y llegando a Barbosa lo capturaron las tropas del ejército y lo mezclaron con presos políticos, y posteriormente lo condujeron a la cárcel de Medellín.

Para Eugenia es claro, y así lo quiere hacer saber al exponer con claridad su caso, que su marido “no tomará parte en asuntos políticos de ninguna clase y mucho menos ir contra el Gobierno, especialmente el de Antioquia” (AHA, T. 2848, 1900. F, 8v). Eugenia enfatiza en la importancia de tener a su marido de vuelta y hasta se muestra decidida a realizar lo que esté a su alcance para lograrlo: “estoy pronta á dar la jurada de todo lo que se me exija por usted, Sr. Secretario, para que la libertad de mi marido sea pronta, pues bien lo necesito para mi próxima enfermedad” (AHA, T. 2848, 1900. F, 8v)⁷⁹. Por último, advierte al secretario que tras su obra de caridad “Dios y los hombres sabrán premiarle”. Pero, además, lo compromete moralmente al increparle que “solo en usted espero de vuelta la tranquilidad del pan a mi pobre hogar” (AHA, T. 2848, 1900. F, 8v)⁸¹⁰.

También es frecuente encontrar solicitudes de comerciantes argumentando el error de su arresto, de los enormes perjuicios morales y económicos que producía el encierro, básicamente, advertían sobre el peligro de paralizar la economía.

⁷ Enfermedad aquí hace alusión al “estado de gestación”.

⁸ Firmada en Medellín, a los 18 días del mes de enero de 1900.

Por otro lado, se encuentran casos en donde los *patronatos* interceden por sus mayordomos, en su mayoría, haciendo salvedad por sus trabajadores, a cambio de la estabilidad de sus haciendas. Sin embargo, fueron las mujeres las grandes abogadas de sus maridos, las guardianas de la familia tras la ausencia del varón, tanto así, que eran capaces de ponerse en evidencia ante las autoridades de la región, estaban siempre dispuestas para afrontar las mayores exigencias.

Otro caso ilustrativo es el de la señora Jerónima Hernández, cuya situación versa básicamente sobre las mismas líneas del sombrío caso de Eugenia, que acabamos de ver. “Yo en mi calidad de esposa “dice Jerónima” y de madre de familia ruego al señor secretario que por la memoria de su padre ponga en libertad á mi querido esposo que ya estoy pronta a dar la garantía que me exija para que él vuelva a mí lado y no tener que morir hasta de hambre por falta del mínimo apoyo con que cuento en este valle de miserias” (AHA, T. 2848, 1900. F, 68).

Estas evidencias dan cuenta del rol político activo que jugó la mujer antioqueña durante la Guerra de los Mil Días: no esperaron pasivas en casa el regreso de sus maridos, lucharon desde distintos frentes para tenerlos en casa nuevamente. No solo era el amor lo que estaba de por medio, también la propia subsistencia era una presión fuerte para aquellas mujeres. La vía jurídica fue el gran puente que encontraron para reclamar ante las autoridades un nuevo tratamiento, más justo y racional, además de hacerse visibles y poner en evidencia pública el gran fenómeno de la guerra.

Volvamos al libro. “¡A la plata!, para hombres solos” es el único relato que no solo postula a una familia madura y equilibrada económicamente, sino que retrata algo distinto a lo que se venía dando: me refiero a los múltiples finales fatales. “¡A la plata!, para hombres solos” se constituye en la excepción a los cuadros de dolor que hasta el momento traían los anteriores relatos. Carrasquilla, en su relato, da cuenta de algunos valores importantes de la familia antioqueña, pues se centra sobre todo en exaltar la familia del recluta, más que el recluta mismo, incluso, este se torna por momentos en un completo extraño. A su llegada de la guerra, el *caratejo Longas* (protagonista del relato) se encuentra con una particular calamidad doméstica: *María Eduvigis* (hija del Caratejo) “había salido con un embeleco de muchacho”, según palabras de *Rufa*, su madre (y esposa del Caratejo). A simple vista parece un reclamo que hace Carrasquilla a la moral antioqueña, la excesiva concentración de poder en el padre permite que a la eventual desaparición de este se descongele el aparato familiar.

Dentro de cada uno de los relatos, el retrato paterno encierra una figura inquebrantable y se erige como la columna vertebral de la familia. En el caso de “¡A la plata!, para hombres solos”, es evidente la presión que ejerce la autoridad del padre. Cuando el *Caratejo Longas* pregunta a *Rufa* por su hija, esta le

contesta: "pes ella... pes ella... poai cogió chamba abajo, izque porque vos la vas a matar... Pes... ella... ¿no salió, pues, con un embeleco de muchacho?" La respuesta entrecortada de Rufa y la actitud de la muchacha frente a la situación manifiestan abiertamente un profundo miedo hacia el padre. Sin embargo, la respuesta de *Longas* no fue de explosión, seguidamente se dirigió hacia el muchacho "envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados... No pudo resistir el abuelo á la fuerza de la sangre, ni menos el empuje de un orgullo repentino que le borbotó en las entrañas" (Gaviria [ed.], 1901, pp. 98-99).

La actitud paciente del viejo no se debía en absoluto al hecho concreto expuesto por Carrasquilla. Longas estaba convencido de que el padre de aquella criatura era su patrón, don Perucho. Una vez su mujer lo enteró que no había sido su patrón sino "Simplicio, el hijo de la dijuña Gerónima" (Ibíd., p. 100), Este solo atina a decir... "¡Ese tuntuniento!... ¡un muertodihambre que no tiene un cristo en qué morir!". Carrasquilla señala en su relato cómo el emparentar a los hijos con individuos de mejor posición social permitía a estos ascender de nivel y ganar distinción, así sus medios rayaban con los protocolos morales. Antes de cerrar el caso Carrasquilla, podríamos anexar que su relato es quizá uno de los más interesantes del libro en estudio, puesto que, primero, no coincide con los demás en su final trágico, y segundo, aunque imprime inicialmente una trama catastrófica, posteriormente toma un importante componente cómico, propio de toda esa "picaresca antioqueña". El elemento central en este relato no termina siendo la contienda; Carrasquilla resalta la firmeza de la mujer antioqueña, el laborioso trabajo campesino de las mujeres, pero también, el aparente desgaste de algunas costumbres y valores (referentes) sociales. Lo importante del relato de Carrasquilla es su gran carga descriptiva; este elemento (constante en Carrasquilla) nos permite desenvolvernos en un mejor análisis de las costumbres y la vida cotidiana de la época; de igual manera, nos permite entender mejor los factores transversales al tema de la guerra, como es el doméstico.

Heraldos negros de la guerra

Si bien la Guerra de los Mil Días no tuvo importantes batallas en Antioquia, como sucedió con regiones como Santander, Cundinamarca y Tolima, de forma directa o indirecta se vio vinculada, principalmente por los reclutamientos forzosos y por noticias que llegaban a la región. Como se observa en *El recluta*, la Guerra de los Mil Días alteró el orden doméstico en Antioquia y, como punto decisivo, significó para la clase baja la aparente desarticulación de la familia. En medio de la incertidumbre generalizada, uno de los principales vínculos que tuvo Antioquia con la guerra fue la *noticia*, los heraldos negros de la guerra. *El recluta* deja ver las romerías de las mujeres en las diferentes guarniciones militares para conocer los denominados Boletines de Guerra, portadores de los

nombres de los caídos en combate. En muchos de los cuentos del referido libro, quedó consignada la importancia de estos informes como canal de información entre los militares y sus familias. *El seudónimo de Dios*, de Juanilla, lo ilustra muy bien. La incredulidad de una ilusionada madre pasa por alto lo que aquellos papeles rezan y prefiere no creer.

En Medellín, el “Boletín de la guerra” trajo cierto día la lista de los muertos del “Ricaurte”, y allí figuraba Pedro Rico. Un pariente que leyó el Boletín, fue á darle á Gregoria la mala noticia y la negra no se *mosquió*: “¿Ustedes piensan que yo voy á creer lo que rezan esos papeles?” consideren que yo le tengo encargado mi Perucho á Miamo el Señor Caído...” (Gaviria, [ed.] pp. 74-75).

La mujer del recluta

Como en la mayoría de contiendas, el servicio de las mujeres en la guerra estaba básicamente encaminado a labores de logística y espionaje. Pero también oficiaban de enfermeras, costureras, suministro de alimentos, materiales bélicos y de sanidad. Sin embargo, para el caso de Antioquia el papel de las mujeres no estaba en el campo de batalla. *El recluta* proyecta una imagen de la mujer dentro de un contexto católico: casada a muy corta edad, católica, y hacendosa. No obstante en uno de los cuentos se presenta un caso excepcional. Un polvo y... nada más –Eusebio Robledo– esboza una mujer que poco le interesan estos valores:

Deji´ una paloma en casa
Cuando me juí pa la guerra,
Y al Golver de la campaña
Me topé con las espuelas.

Esta copla no hace más referencia que al atípico recibimiento que le proporcionó esta mujer al recluta luego de su campaña. Teresa, su mujer, intentó envenenarlo en una taza de mazamorra, con tan mala suerte para ella, que el pobre Simón, debido a su desgano, se la da a tomar a su hija Raquelita proporcionándole su muerte. Por otro lado, es interesante observar la imagen que de la mujer se elabora en cada uno de los cantos populares de *El recluta*, el papel que les correspondía mientras los varones se batían en las diferentes campañas. Como lo refiere el libro de Job, el mejor consuelo a quien sufre es escuchar sus palabras⁹¹¹.

Mientras estuve en la guerra
Mi mujercita gemía,
Y cuando volví á mi casa...
¡Mi mujercita moría!
¡Adiós, morena,

⁹ Job, 21, 1-2.

En mi pobre casita
Tú eres la reina¹⁰¹².

Si bien la Guerra de los Mil Días no tuvo lugar propiamente en el territorio antioqueño, la región entregó sangre y lágrimas para la contienda. No obstante, la guerra en esta parte del país tuvo un impacto significativo en uno de los temas más álgidos de esta querrela civil: el reclutamiento. Este fenómeno habló en Antioquia en un idioma doméstico. Los hombres alistados para la guerra y trasladados a los lugares donde se desarrollaba de manera más madura la guerra fueron dando forma a lo que hemos denominado impacto doméstico de la guerra. Es esta la tesis que implícitamente nos entrega *El recluta* al proponerse consignar por medio de los literatos más importantes de la época, lo que a su regreso encuentra el recluta. *El recluta* muestra un panorama desolador en los diferentes planos de la familia, pero es la mujer uno de los temas centrales de los daños colaterales de la guerra. El tema propuesto para cada uno de los cuentos nos permite visualizar un asunto menos obvio que el de retratar experiencias de un recluta en guerra. En muy pocos relatos se aprecian explícitamente aquellas experiencias; por el contrario, antes que el recluta, es la familia, y especialmente la mujer, el argumento de la gran mayoría de los relatos que componen *El recluta*.

Estos daños colaterales de la guerra demuestran una vez más las múltiples perspectivas de estudio que encierra el tema de la confrontación armada. Aunque *El Recluta* no es propiamente una visión femenina de la guerra, deja penetrar por sus hendiduras un poco de la luz de la que me he servido para formular el "limbo de viudez" del que eran objeto las mujeres mientras sus esposos engrosaban las grandes masas de la guerra como reclutas.

Limbo de viudez

La familia antioqueña del siglo XIX estaba constituida bajo una figura patriarcal mucho más fuerte que la actual. El papel del varón iba más allá de simple autoridad, tenía que ver también con una figura cohesionadora, educadora, pero, además, era en aquel en quien recaía la responsabilidad de los gastos del hogar. Por ello la partida del varón a la guerra significaba para la mujer no solo el dolor de despedir con incertidumbre al hombre amado que corre hacia la guerra, (imagen que por demás resulta bastante melodramática en sí misma) sino que, además, la sumía en un fenómeno sociológico en el que la línea limítrofe entre su estado de casada y su posibilidad de viudez recaía totalmente en la jugada del destino (incierto en todos los casos). A esta condición liminal Juan Carlos Jurado ha querido llamar limbo de viudez (Jurado, 2005). El impacto de la guerra no solo afectaba el campo de la psicología sino también el plano material, la vida concreta. La viuda quedaba, por un lado, en la absurda espera propia

¹⁰ El Recluta (1901). Medellín, Tipografía Central, p. 30.

de los avatares de la guerra, pero, por otro lado, desprotegida y hambrienta. Algunos cuentos de *El recluta* dan testimonio de las actividades alternativas que emprendían las viudas, que iban desde marcharse donde algún familiar, pasando por la que toma de las riendas del hogar, hasta la que opta por la mendicidad, la miseria y hasta la muerte. *El recluta*, a lo largo de sus pasajes, tuvo una extensa preocupación por enfatizar en el ruidoso escándalo de la guerra en la familia. Con decidido interés, pone de relieve la costosa situación de la mujer en su “paz doméstica”... “de cómo la fría sombra de la muerte, se traslada desde los campos hasta el calor del hogar”.

El recluta y la crítica antioqueña

La gran popularidad de *El recluta* (incluso meses antes de salir al público), se debió a dos elementos: el primero de ellos, la esmerada publicidad que recibió desde distintos canales de prensa; el segundo, y muy importante componente, fue el anuncio de los autores, todos ellos reconocidos escritores de oficio¹¹. A *El Cascabel* se le sumó *El Medellín*, –periódico manejado por Julio Vives Guerra–, en la importante gestión de divulgación. Autores como Henao Olguín (2008) manifiestan que la propaganda que en *El Medellín* se hizo al libro de Gaviria, puede derivarse del compromiso de Vives Guerra por denunciar el conflicto. Este escritor publicó varios cuentos referentes a la guerra en *El Cascabel* y *El Medellín*, bajo el seudónimo de José Velásquez García.

Las primeras críticas del libro aparecen en *El Medellín* el 21 de mayo de 1901. Allí el autor acusa al cuento de Ricardo Olano (“La vuelta de Juan”) de ser exiguo, de fácil narración. Seguidamente recalca sobre el carácter inverosímil del cuento de Eusebio Robledo (“Un polvo y... nada más”) acusando sus coplas de “impopulares” y rebuscadas. Deja en el limpio a José Velásquez García (“De la guerra”), sin embargo, tampoco dice mucho de José A. Gaviria (“Una venganza”). En “¿Pequeñeces?”, de Luis del Corral, exclama con cierto asombro...: “agradable sorpresa que nos da su autor; violenta censura al... reclutamiento y al agio, en algún punto, y con cuyo modo de apreciar la utilidad de nuestras contiendas no podemos estar de acuerdo” (Anónimo, 1901, p. 102). Este rechazo se sustenta básicamente en las primeras líneas del relato, apreciamos.

Algunos días después de haber estallado la guerra, y cuando el reclutamiento llenaba de terror el corazón de las esposas y las madres pobres, cuyos hijos y maridos son víctimas destinadas para derramar su sangre en los campos de batalla, en defensa de ajenas ambiciones y por el triunfo de ideas que no comprenden...” (Gaviria, 1901, p. 43).

¹¹ El caso de Tomas Carrasquilla y Efe Gómez por citar los dos más populares. Sin embargo existían otras importantes figuras como, Julio Vives Guerra (director de *El Medellín*), Ricardo Olano, este último junto a Luis de Greiff, en el año de 1904, fundarían el *Centro Artístico*, instituto encargado de promover eventos, concursos, programas artísticos, culturales y “civilistas”.

El desarrollo del cuento es otra de las posibles causas de desazón por parte del crítico. Luis del Corral pone en tela de juicio la disciplina de las milicias, a esos “vicios bajo toldas de campaña” que acabaron con la vida del recluta, y que posteriormente, terminaron arrojando a la miseria a su mujer. “De Regreso”, de Alfonso Castro, aunque es acusado muy brevemente de “notoria redundancia”, se enfatiza, más que sobre el texto, sobre su autor, de “exhibir madurez”. En general, *El recluta* es bien recibido y catalogado de “obra armónica y proporcionada”, sin embargo, se le llama la atención sobre su carácter (en ocasiones) grandilocuente... a ese lenguaje de Toribio Marcos, el cual parece “robado a un héroe de Mireya, y por tanto impropio de un muchacho ‘nacido en el corazón de las sierras’ y ‘llevado por la fuerza a la contienda civil’” (Anónimo, 1901, p, 102).

“El seudónimo de Dios”, de Juanilla, es bien recibido y juzgado como “ameno artículo basado en el equívoco”. Gonzalo Vidal, con su relato “Perversidad”, es fuertemente cuestionado por el argumento del cuento. El crítico afirma que el personaje dibujado por Vidal no corresponde con el desenlace final del cuento donde este, por una simple discapacidad física, entra en trance, al ver tras su llegada de la guerra al monstruoso hijo en la cuna. Por lo demás, el cuento se tornó interesante a los ojos del crítico. El último cuento comentado es el de Tomás Carrasquilla, “¡A la plata!, para hombres solos”, es acusado de sostener una “moral superlativa” y de ser “crudo” en muchos pasajes. Sin embargo, se resalta el buen estilo del maestro, lenguaje suelto y tono sostenido. A Efe Gómez, quien no escribió una línea de su cuento (“Tiquis-miquis”) se acusa sarcásticamente de “bella pieza, gemela del prólogo y que explica suficientemente la desconfianza de El Cascabel, manifiesta en la segunda página de *El recluta*” (Ibídem). Los cuentos son acusados básicamente de dos grandes males: inverosimilitud y falta de estilo (originalidad). Se pone en tela de juicio la artificialidad de cada uno de ellos, rasgo mortal para las pretensiones de perdurar en el tiempo.

La segunda crítica realizada a *El recluta* también tiene lugar en el periódico *El Medellín*. Allí Juan de la Montaña deja clara su inconformidad sobre los finales lamentables de la mayoría de los cuentos, recalca lo comunes de estos, incluso despacha críticas sobre los títulos. Sobre Carrasquilla dice el crítico haber notado, en este, bellas descripciones, estilo fino; sin embargo, dice De la Montaña, es “verde, casi puerco”. Cuestiona al crítico que un escritor de la altura de Carrasquilla gaste tinta en “porquerías”. No obstante, advierte que será leído con atención en todos los hogares antioqueños. No deja de ser interesante esta crítica en el sentido que recalca nuevamente sobre la artificialidad de los relatos, su poca expresividad y su débil entereza en argumentos finos. No obstante, el señalamiento moral de que es objeto el libro nos habla del gran constreñimiento de la literatura antioqueña, y de manera especial, nos advierte De la Montaña sobre la existencia de un público lector.

Crítica ilustrada. Otra de las críticas a *El recluta* apareció en el primer número de la revista *Lectura y Arte* (1903-1906), una de las primeras revistas Ilustradas antioqueñas. *Lectura y Arte* continúa con la línea que habían iniciado *La Miscelánea* (1894-1901), *El Repertorio* (1896-1897), y *El Montañés* (1897-1899). Estas publicaciones sentaron las bases de una naciente tradición editorial antioqueña, pero además, se sumaron a la intención civilista y progresista de la época. La revista *Lectura y Arte* dejó claro desde su primer número, aparecido en julio de 1903, seguir “el ejemplo de El Repertorio Ilustrado y de El Montañés, de simpático recuerdo; pero confiamos en que no serán ni la indiferencia del público por una parte, ni lo insustancial de nuestra publicación por otra, los males que den en tierra con nuestra empresa” (*Lectura y Arte*, 1903, p. 3).

Su deferencia hacia sus antecesores editoriales y la confianza moderna en una empresa secular, sin pertenencias a escuelas, donde tendrá cabida “todo lo bueno” o, de otra manera, todo lo que constituya noticia literaria, la acercaron a una máxima recordada por ellos mismos en el mencionado primer número: “para ejercer influencia eficaz sobre los espíritus modernos es necesario escribir corto, escribir claro, y escribir culto” (*Lectura y Arte*, 1903, p. 3). Este argumento rima desde todo punto de vista con la importancia que tuvieron para la comunidad intelectual y literaria antioqueña, colombiana, y hasta latinoamericana, las revistas, y su posibilidad de ser órganos precisos para desarrollar discusiones a través del ensayo y el cuento, géneros que le han permitido no solo a Colombia, sino también al continente, un importante canal de diálogo con el mundo ilustrado. La naciente intelectualidad colombiana encuentra en el ensayo el cauce ideal para desembocar las particularidades de la “nativa” América y las ideas “cultas” venidas de Europa. Entonces, como lo predijo Montaigne, el ensayo se alimenta de la experiencia provincial y de las lecturas humanistas.

Antes de pasar al grueso de la crítica de José Montoya, es importante anotar que la revista *Lectura y Arte*, además de cultivar la ciencia y la literatura, impulsó el desarrollo del dibujo. Esto es claro si nos atenemos a observar el perfil de sus directores. Con excepción de Antonio J. Cano (1874-1942), quien fue un poeta, librero, editor y músico, los tres restantes fueron artistas plásticos¹²¹⁴, entre ellos el maestro Francisco Antonio Cano (1865-1935), iniciador de la enseñanza de las artes plásticas en Antioquia, y quien junto a Jesús Arriola –músico español–, posteriormente empezarán a forjar el Instituto de Bellas Artes de Medellín. La crítica de José Montoya hace parte de “crónica literaria”, un artículo que se empeñó en hacer una reseña de los últimos libros producidos en Antioquia

¹² Enrique Vidal, dibujante y grabador. Estudió en el taller de Francisco Antonio Cano, además dibujante e ilustrador de la litografía de Jorge Luis Arango y cofundador del Centro Artístico de Medellín. Francisco Antonio Cano (1865-1935), además de lo señalado arriba, podríamos decir que fue profesor en su taller, en el instituto de Bellas Artes de Medellín y director y docente de la Escuela de Bellas Artes de Bogotá y Marco Tobón Mejía (1876-1933), fue un escritor, pintor y dibujante. Discípulo del maestro Francisco Antonio Cano.

(desde 1901). En sus primeras líneas se advierten, sobre dichas crónicas, cosas como esta: “no tenemos la culpa nosotros sino la guerra, esa fea regresión á la barbarie que ha tenido muda la Prensa, en ayunas el Arte, y cabizbaja, retraída y silenciosa á la amena Literatura, aunque tiene ella sus sagrados fueros sobre el alma de los pueblos cultos” (Lectura y Arte, 1903, p. 16). Pese a los problemas que había planteado la guerra para la cultura literaria y erudita, recalca el autor —líneas más adelante— sobre algo que en esta época hemos olvidado por completo: que no existen escritores, sino lectores. “Pero no han de quedarse en el olvido las producciones literarias que escritores laboriosos é impacientes dieron á la publicidad durante desolada guerra civil de tres años y dos siglos”.

Montoya comienza su crítica apartándose de los rumores que insisten sobre el “fiasco” que significó la publicación de *El recluta*. Sin embargo el “triumfo” que para el crítico constituyó el libro recae por completo en hombros de Tomás Carrasquilla. No obstante advierte que “¡A la plata!, para hombres solos” es un cuento “poco antioqueño”. Reclama básicamente lo que en su momento reclamaría *El Medellín*: el desenlace del cuento no corresponde con las costumbres y el *ethos* de la región. “El caso del Caratejo Lonjas y su hija es muy raro, fenomenal” (Lectura y Arte, 1903, p. 17). Sin embargo, no hay cómo negar que “¡A la plata!, para hombres solos” es el cuento más rico en narrativa, estilo, y elementos para el análisis social e histórico de la guerra. En un tono juguetón y sarcástico, José Montoya expone que el cuento de Carrasquilla perturbó el jardín “de inocentes flores montañosas” que era *El recluta*. Sobre Carrasquilla descansan dos razones diametralmente opuestas; sin duda, es el mejor de los cuentos consignados en *El recluta*, al tiempo que se constituyó en el más “pecaminoso” a los ojos de la “moral literaria”. Para Montoya, el impacto de Carrasquilla sobre la estepa moral radicó en impedir que muchos padres de familia llevaran el libro a sus casas.

Es importante pensar la literatura, no como un elemento totalmente aislado de la sociedad y por tanto de la realidad. Los argumentos de la literatura pueden llegar a ser verosímiles y “creíbles” e incluso, en la mayoría de los casos, pueden constituirse para la historia en fuentes más “sinceras” que la documentación con categoría de “oficial”. El compendio de sombras y fragmentos que constituyen la literatura es la propia carne de la que están hechos el ser humano y la historia. La literatura tiene la oportunidad de festejar, denunciarla o simplemente presentar la guerra. El historiador en su acomedido trabajo altruista tendrá el deber de estudiarla y resignificarla al calor del presente. ¿Será todo eso posible?

Referencias

Fuente principal

Gaviria, H. (ed.) (1901). *El recluta*. Medellín: Tipografía Central.

Archivo Histórico de Antioquia (AHA)

AHA, época República, sección Militar, documentos de guerra, tomo 2848, 1900, folio, 8.

AHA, época República, sección Militar, documentos de guerra, tomo 2848, 1900, folio, 68.

Archivo Histórico de Medellín (AHM)

AHM. Guerras civiles. Tomo 1854-1864. Legajo: distribución de dinero a familias pobres en campaña, fol. 525.

Publicaciones periódicas

El Cascabel. Medellín, 1899-1901.

El Medellín. Medellín, 1903.

Lectura y Arte. Medellín, 1903-1906.

Revista El Verso. Medellín, 1985.

Capítulos de libros

Moreno D., R.H. (2001). Ficción y realidad en la guerra de los Mil Días. En: Sánchez, G. Aguilera, M. (Eds). *Memorias de un país en guerra, Los mil días (1899-1902)*. pp. 271-288. Bogotá: Editorial Planeta.

Ceballos, G. D. L. (2005). Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación. En: Ortiz, M. L. J. (Inv. Ppal.). *Ganarse el cielo defendiendo la religión, Guerras civiles en Colombia (1840-1902)*. pp. 157-210. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Jurado, J, C. (2005). Soldados, pobres y reclutas en las guerras civiles colombianas. En: M. L. J. (Inv.

principal). *Ganarse el cielo defendiendo la religión, Guerras civiles en Colombia (1840-1902)*. pp. 211-235. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Textos en la red

Escobar, M. Tres novelas sobre la guerra civil de los "Mil Días". Recuperado el 10 de septiembre de 2014, del sitio Web: http://www.colombia-aprende.edu.co/recursos/superior/handle/literaturacolombiana/pdf_files/tema11.pdf

Libros

Gutiérrez, G. R. (1976). *Horas de estudio*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Henao H., D. (2009). *La Guerra de los Mil Días en las letras antioqueñas*, Medellín: IDEA.

Jaramillo, C. E. (1991). *Los guerrilleros del noventa*, Bogotá: Fondo Editorial CEREC.

Ortiz, M. L. J. (Inv. principal) (2005). *Ganarse el cielo defendiendo la religión, Guerras civiles en Colombia, 1840-1902*. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Bogotá.

Palacios, M. (1999). *Parábola de liberalismo*, Bogotá: Grupo Editorial Norma,

Sánchez, G. Aguilera, M. [editores] (2001). *Memorias de un país en guerra, Los mil días (1899-1902)*, Bogotá: Editorial Planeta.

Tirado M, A. (1995). *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Medellín: Colección de Autores Antioqueños.

Weber, M. (2005). *Economía y Sociedad, esbozo de sociología comprensiva*, México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.